

bloc de notas, 8 de agosto de 2040

Diego Anido - artista escénico



Es todo muy contradictorio.

Estoy perdiendo el tiempo viendo una película que no tiene carácter artístico, pero me hace llorar. Es una película de ciencia ficción que habla de una madre que enseña a un bebé a no caerse por las escaleras. Eso es algo importante y sucede un día de entre semana, dentro de uno de los doce meses, y... al día siguiente otra lección.

Es contradictorio, es, vamos a decirlo, desagradable ver que una película no se adentra en la mecánica del alma pero consigue conmover.

Pienso en muchas cosas. En que una relación a distancia tiene sus ciclos, envejece en un segundo plano, se desgasta y desaparece. Es incómodo ver como se aleja uno del corazón central, como te distancias sin hacer nada, sin hacer esfuerzos para que las otras personas no sientan que te vas.

Se acaba la película y el tren me duerme.

Tengo que escribir esto para no olvidarme y, sobre todo, para saber que sigo vivo. Esta mañana estaba tirado en el suelo del hotel y me sentía cerca de la muerte. No era más que un ataque de ansiedad. Ya me había ocurrido antes. En el fondo es algo inofensivo. Mis manos estaban secas, pero mi frente llena de pequeñas gotas equidistantes. Sé que esto será grande, demasiado grande para que quepa en un teatro, en un almacén. Quizás quepa en un hangar o en una nave, pero visto con generosidad se deduce que esto es algo a lo que deberíamos dejar existir al aire libre. Se me da por el volumen en escena, solo por llevar la contraria. Hoy, que todo ha dejado de ser

“la conexión que establece una obra con la actualidad no es más que un logro periodístico”

hostil al medioambiente, han desaparecido los presidentes y sus bandas de depredadores y los trenes se desplazan sin rozamiento, por ejemplo, me siento lleno de nostalgia de lo que era tener el intestino lleno de teflón, o mercurio bajo la piel, de aquella vida supra-medieval.

Y tiene gracia que justo ahora se me haya ocurrido representar, a través de una gran mole, la naturaleza fértil, vigorosa; los antiguos incendios, los que tenían nombres de dioses, que arrasaron a su paso lo bosques de mi infancia y los de todas las infancias, si es que muchas personas como yo han podido hacer cabañas de retama o perder su rastro entre las mantas de hoja de roble o ver extraños hongos abiertos como bocas de miel bajo los helechos o incluso haber estado en peligro sin saberlo; tiene gracia, decía, porque la verdadera belleza de la tragedia estaba en las llamas. La corrientes doradas y las lenguas de fuego, la fuerza del sol escapando de las ramas y regresando al cielo.

Yo regreso de Madrid, de recoger el premio, y me sorprende ver las colinas junto a las vías tapi-zadas de arboleda: castaños, robles, pinoteas, y frondosidad espesa... joder; no me parecen reales, no pueden ser reales, hacen creer que nada es para tanto, que de pronto el planeta es enorme y las heridas desaparecen cuanto más te acercas a ellas.

Es muy contradictorio el contraste que producen estos viajes en tren en comparación con el viaje de ida, mi llegada al cinturón azul de Madrid. Salir del aeropuerto y entrar en la cúpula, por el entramado de vías, dentro de uno de esos coches auto-dirigidos, hablando solo. Cualquiera que lea esto pensará que soy un dinosaurio, pero no me acostumbro, hay algunas cosas que necesitan para mí de una actuación. Y no soy el único, sé que en Berlín hay personas en esos autos, trabajan en el asiento del conductor, haciendo que conduzcan. También en Torino, en la Trattoria del Ejercito (ese increíble edificio proyectado por el equipo de Mussolini que deja de lado la historia de la miseria humana para dar paso a la historia de la arquitectura), había personas en la cocina que hacían que cocinaban. Es magnético, uno de los atractivos del local, lo bien coreografiado que está todo. El sabor de la comida, siempre el mismo, da igual en donde estés, todo sabe a metal.

Nuevamente la técnica de las caras adherentes. No las elijo, se me incorporan. Ahora mismo, que no consigo abrir esta maldita barrera táctil para ir a mear; se me adhiere la cara de aquel luchador, cómo se llamaba? Marvin Vettori. ¿Cuántos años tendrá ahora? ¿64 como yo? Pues tengo su mismo jeto de desesperación mirando hacia arriba cuando Adesanya le metió los dedos en los ojos. No he conseguido controlarlo ni desarrollarlo jamás. Solo ocurre de vez en cuando.

Hace nada, en una charla tras una muestra del trabajo en proceso, tuve una de esas sensaciones de sofoco intelectual, cuando una persona hizo referencia al grado de actualidad que posee la obra y más en concreto el objeto, “el bosque dentro y el fuego fuera... como una de esas obras de Damien O’Maile...”. Lo encuentro muy desagradable e inútil, la conexión que establece una obra con la actualidad no es más que un logro periodístico, es algo que nunca he conseguido, pretendido y me causa rechazo.

La problemática que establecía el hecho de construir un objeto tan grande en un espacio finito, finalmente insuficiente, se ha convertido en el centro de la producción. El casting, la manera de escoger a las hacedoras y los animales, y que algunos de los hacedores con antecedentes podían poner en riesgo la intimidad de todo el equipo, eso, en realidad, fue lo de menos.

Los niños no deben salir a escena, jamás, ni en los escenarios ni en las pantallas. Es un desastre, una costumbre diabólica demasiado normalizada. Niños vestidos de adultos y animales vestidos

“hace tiempo que he dejado de dudar de mi talento y, por supuesto y sobre todo, he dejado de ser joven”

de humanos y el resto es dejarse caer, narcotizarse y extinguirse. Los animales, sin embargo, deberían de estar permitidos, pero tan solo si hacen de ellos mismos. Y esto es difícil. Se ha de elegir animales poco violentos. En Rumanía, en 2030 se dio el caso de la pieza de Nicanor Rosalescu, haciendo referencia explícita a mi visita a Corea del Sur y mi senil obsesión por el K-pop y los encuentros masivos de gamers. En la obra, el actor que hacía de mí, estaba vestido de soldado y protagonizaba una escena de acción, con un traje abultado que me favorecía tremadamente. El público que conoce la conexión entre Galicia, Seúl, México, Montreal... me veían como una especie de ermitaño o gurú galaico que significaba la puesta en escena, podían prever casi todos los movimientos. En el pabellón junto al teatro se dieron altísimas puntuaciones en personas de todo el mundo que me estaban jugando. El nivel de predicción es extremo a día de hoy. Está tan extendido que descarta cualquier teoría de la trampa o el amaño. Pero en lo único en lo que no podrían anticiparse es en la deriva emocional de mi personaje. En pie, rodeado de personas muertas, la calma es roedora y cuesta creer en la vida como continuidad. Los cuerpos amontonados en el suelo eliminan el espacio en blanco. Los hoyuelos infantiles en los nudillos de una de las víctimas me hace recordar las manos de mi madre, la palma curada y alisada por la lejía frotando mi cara, limpiándome los mocos en la piletta. He matado a muchas personas desarmadas pero no sé qué sentir. Me toco la frente y miro al suelo, tratando de elegir lo que he de sentir, he de recordar como se llora. Busco en los bolsillos el veneno y lo inhalo. Mi cuerpo se desploma sobre los otros. Tendido boca abajo con el arma en la mano dejo de ser el protagonista. Se abren los portones de carga del teatro y vemos la calle colossal, la avenida de Ceausescu (nunca llegó a llamarse así pues fue inaugurada diez años después de la caída). Se ve el tráfico de drones con comida, las nubes de moscas, el zumbido eléctrico de la red, y nada más. Poco a poco se acercan grupos de perros que asoman tímidamente el hocico por la puerta de carga y, al oler los cuerpos, empiezan a acudir en manadas. Huelen, lamen, dientes muerden, desgarran. Arrancan la tela de las camisas y los chalecos, agarran el cabello de mi madre y de otras hacedoras, muerden las manos y las piernas. Se pelean, hay varios bandos y, mientras tanto, otros carroñeros mordisquean a las víctimas más próximas a los camerinos. El público disfruta con el miedo pero no es consciente de que la situación se ha descontrolado. Demasiado dueños de la ciudad como para ahuyentártolos con un grito.

Costará siglos, más de veinte vidas simultáneas postularse y deshacer los vínculos que tenemos con la violencia.

En el vagón de tren anochece. El reflejo y el doble cristal nos regalan un sol a cada lado. El sol se pone por el este y por el oeste. Solo el joven Skywalker veía dos soles en el mismo cielo mientras la fuerza de su destino le hacía vibrar... yo, por el contrario, regreso de una ceremonia cordial, ordenada e insípida. Ya no soy un niño insuficiente, hace tiempo que he dejado de dudar de mi talento y, por supuesto y sobre todo, he dejado de ser joven. Esta puesta de sol me produce un diminuto y silencioso episodio de llanto, de emoción pura sin lugar a lectura.

Me siento viejo. Sé que no he de dejarme llevar por el descenso de la edad y que queda mucho por hacer; pero siento que mi cuerpo se endurece y se apaga el brillo de la piel, empiezo a convertir las “tes” en “zetas”, ya no hago conexiones con tanta velocidad.

Encuentro que no fue una equivocación dejar de existir en la red, el período de supervivencia leve en un mundo frizzante fue demasiado austero, llegando a pensar que cada vez sería más difícil encontrar apoyo, sobre todo dinero para hacer cosas sin sentido, pero finalmente veo que la decisión tenía sentido y ha dado sus frutos.

“la palabra no ha solucionado ninguno de los problemas fundamentales de la humanidad”

Ahora ya no se hacen las cosas como antes, se puede deshacer un teatro y ponerlo del revés sin encontrarte con el miedo de la gente a trabajar demasiado, a que un empleado fijo de la administración se preocupe más por la conservación del material que por la creación. Ya no es necesario marcharse a Alemania o Bélgica para trabajar con libertad y rigor. Por un momento pensé que todo se iría a la mierda, que los teatros cerrarían y que los que persistiesen se dedicarían a hacer lo que se debe hacer; que tendríamos que volver a los garajes y sótanos hasta que todo reventase, pensé que habían acabado con todo de una vez por todas, que mi mundo había sido desintegrado como el periodismo, la enseñanza, la arquitectura, los novelistas, sanitarios, agricultores, policías, conductores... pero la publicidad lo salvó todo. Quién iba a pensar que una marca permitiría dejarnos hacer nuestro trabajo y destruir realmente la mente conservadora. Y más aún, quién iba a pensar que personas nacidas en el siglo XX, fruto de la postmodernidad, íbamos a encontrar en el demonio del mercado nuestra vía para la libertad. Que iban a querer tirar el dinero, dárnoslo para que creásemos la nueva mente. Jamás hubiera querido esto, el mundo es una mierda, pero no empezaré ahora a quejarme de lo bien que nos va.

Cuando la estructura del objeto llegaba al techo la productora empezó a señalar los lugares en los que estaba creciendo demasiado. Ni que decir tiene que ya había superado el estado de alarma de la primera semana, cuando vio como no teníamos ningún pudor a la hora de ser tan ambiciosos, de como no era capaz de confiar en mis palabras ni en las de Hortensia, la del pálido rostro. No supo prever que llegaríamos tan lejos. Es cierto que los hacedores tuvieron severas complicaciones para llegar a la parte delantera del escenario, pero cuando llegaban lo hacían con vida.

Es absolutamente necesario demostrar que el escenario es hermafrodita como un sistema operativo.

Esto en cuanto a la escenografía. En cuanto a la interpretación: un solo gesto para todo. Alguna gente se ríe, no los culpo, yo probablemente haría lo mismo, pero no hay broma en ello. Nunca he hecho una sola broma sobre el escenario, o al menos en los últimos 20 años, en los que considero he conseguido acercarme algo a lo poco que puedo llegar a hacer.

Las hacedoras se acercaban o se separaban, circulaban por la boca, se despeñaban por una de las paredes del objeto y siempre hacían el mismo gesto. El mismo gesto para reír, para reñir, para pedir permiso o para morir. Los animales no gesticulan, el gesto es lo único que nos queda, pues reduzcámoslo al mínimo. Y se me reprocha constantemente la ausencia de texto, la deriva del mismo... como si el texto tuviese un fin o un lugar al que llegar y salvarse. Como si las palabras estuviesen ahí, como hormigas, y pudiesen morir una tras otra, sepultadas bajo un acantilado para que finalmente una de ellas trepe sobre los cadáveres y llegue a la cima abriendo una nueva ruta. La palabra amontonada no hace más que eliminar el espacio en blanco y compone una gran laguna negra. La palabra no sirve, ni servirá jamás. La palabra no ha solucionado ninguno de los problemas fundamentales de la humanidad.

Sin embargo las nuevas generaciones sí. Todos los nacidos después de 2015, los nacidos después del 2025, los nacidos el año pasado y así década tras década, no dejan de sorprender a todo el que tiene ojos en la cara o sensores en la nuca.

Después de la publicación del estudio sobre “La acción permanente”, Samuel Fren se convirtió en uno de los personajes más jugados de liga de Nylon. Después de 20 días en coma inducido, con 10 años, tuvo que volver a aprender a hablar; debía reaprender algo que ya había aprendido durante la niñez sin darse cuenta, y era consciente de ello. Descubrió que la dureza de la vida no es más que el encuentro constante con el aprendizaje. El drama de su adolescencia se veía

“mientras el resto descansa, tú has de seguir pedaleando”

agravado por el plus de reprender, construir itinerarios artificiales para recuperar el habla, la escritura y la lectura. Cuando conseguía algún logro con gran esfuerzo, la logopeda que lo atendía le sonreía y le decía “no te preocunes, una vez realizado el esfuerzo inicial, agotador, lo siguiente es aprender que ese esfuerzo ha de ser constante, todo el tiempo, mientras el resto descansa, tú has de seguir pedaleando.”

Yo, decido realizar la acción permanente en mi trabajo y no me he equivocado.

Corea ya no es lo que era, pero se siguen dando allí los mayores encuentros, las más increíbles mentes que uno jamás pensó que podría llegar a conocer se dan cita en la *Gummball Warrior*. Las dramaturgias del juego son realmente interesantes, todo lo que parecía en declive se convierte en la solución. La vida que inventamos y sus laberintos hacen que el juego sea real, que la vida sea real y se bifurque constantemente.

Por fin llego a mi pequeña ciudad, el centro del mundo. Salgo del andén, me despolarizan y camino hacia la explanada abandonada que hay detrás del repetidor. Allí me espera mi viejo Tesla. Por fin un coche normal, consume como el demonio, pero nunca me ha fallado.

Texto 18. Cara a unha escena plural. Diego Anido.

Publicado en agosto de 2021 na órbita do proxecto “Cara a unha escena plural”, unha iniciativa que impulsa a circulación da danza e artes vivas de carácter profesional en Galicia. O proxecto, impulsado por Caterina Varela e Sabela Mendoza, nace no marco da Galicia Escena PRO 2019 e continúa dende 2020 co apoio de Agadic e distintos espazos colaboradores.